



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 13 de agosto de 198

La caída de los ángeles rebeldes

1. Continuando el tema de las precedentes catequesis dedicadas al artículo de la fe referente a los ángeles, criaturas de Dios, vamos a explorar el *misterio de la libertad* que algunos de ellos utilizaron contra Dios y contra su plan de salvación respecto a los hombres.

Como testimonia el Evangelista Lucas en el momento, en el que los discípulos se reunían de nuevo con el Maestro llenos de gloria por los frutos recogidos en sus primeras tareas misioneras, Jesús pronuncia una frase que hace pensar: "*veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo*" (Lc 10, 18).

Con estas palabras el Señor afirma que el anuncio del reino de Dios es siempre una victoria sobre el diablo, pero al mismo tiempo revela también que la edificación del reino está continuamente expuesta a las insidias del espíritu del mal. Interesarse por esto, como tratamos de hacer con la catequesis de hoy, quiere decir *prepararse al estado de lucha* que es propio de la vida de la Iglesia en este tiempo final de la historia de la salvación (así como afirma el libro del Apocalipsis. cf. 12, 7). Por otra parte, esto ayuda a aclarar *la recta fe de la Iglesia* frente a aquellos que la alteran exagerando la importancia del diablo o de quienes niegan o minimizan su poder maligno.

Las precedentes catequesis sobre los ángeles nos han preparado para comprender la verdad, que la Sagrada Escritura ha revelado y que la Tradición de la Iglesia ha transmitido, sobre Satanás, es decir, sobre el ángel caído, el espíritu maligno, llamado también diablo o demonio.

2. Esta "caída", que presenta la forma de rechazo de Dios con el consiguiente estado de

"condena", consiste en la libre elección hecha por aquellos espíritus creados, los cuales radical e irrevocablemente han *rechazado a Dios y su reino*, usurpando sus derechos soberanos y tratando de trastornar la economía de la salvación y el ordenamiento mismo de toda la creación. Un reflejo de esta actitud se encuentra en las palabras del tentador a los progenitores: "*Seréis como Dios*" o "*como dioses*" (cf. *Gen 3, 5*). Así el espíritu maligno trata de transplantar en el hombre la actitud de rivalidad, de insubordinación a Dios y su oposición a Dios que ha venido a convertirse en la motivación de toda su existencia.

3. En el Antiguo Testamento, la narración de la caída del hombre, recogida en el libro del Génesis, contiene una referencia a la actitud de antagonismo que Satanás quiere comunicar al hombre para inducirlo a la transgresión (cf. *Gen 3, 5*). También en el libro de Job (cf. *Job 1, 11; 2, 5.7*), vemos que satanás trata de provocar la rebelión en el hombre que sufre. En el libro de la Sabiduría (cf. *Sab 2, 24*), satanás es presentado como el artífice de la muerte que entra en la historia del hombre juntamente con el pecado.

4. La Iglesia, en el Concilio Lateranense IV (1215), enseña que el diablo (satanás) y los otros demonios "*han sido creados buenos por Dios pero se han hecho malos por su propia voluntad*". Efectivamente, leemos en la Carta de San Judas: "...a los ángeles que no guardaron su principado y abandonaron su propio domicilio los reservó con vínculos eternos bajo tinieblas para el juicio del gran día" (*Jds 6*). Así también en la segunda Carta de San Pedro se habla de "ángeles que pecaron" y que Dios "no perdonó... sino que, precipitados en el tártaro, los entregó a las cavernas tenebrosas, reservándolos para el juicio" (*2 Pe 2, 4*). Está claro que si Dios "no perdonó" el pecado de los ángeles, lo hace para que ellos permanezcan en su pecado, porque *están eternamente "en las cadenas" de esa opción que han hecho al comienzo*, rechazando a Dios, contra la verdad del bien supremo y definitivo que es Dios mismo. En este sentido escribe San Juan que: "*el diablo desde el principio peca*" (*1 Jn 3, 8*). Y "él es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque *la verdad no estaba en él*" (*Jn 8, 44*).

5. Estos textos nos ayudan a comprender la naturaleza y la dimensión del pecado de satanás, consistente en el rechazo de la verdad sobre Dios, conocido a la luz de la inteligencia y de la revelación como Bien infinito, *amor, y santidad subsistente*. El pecado ha sido tanto más grande cuanto mayor era la perfección espiritual y la perspicacia cognoscitiva del entendimiento angélico, cuanto mayor era su libertad y su cercanía a Dios. *Rechazando la verdad* conocida sobre Dios con un acto de la propia libre voluntad, satanás se convierte en "mentiroso cósmico" y "padre de la mentira" (*Jn 8, 44*). Por esto vive la radical e irreversible negación de Dios y *trata de imponer* a la creación, a los otros seres creados a imagen de Dios, y en particular a los hombres, su trágica "mentira sobre el Bien" que es Dios. En el libro del Génesis encontramos una descripción precisa de esa mentira y falsificación de la verdad sobre Dios, que satanás (bajo la forma de serpiente) intenta transmitir a los primeros representantes del género humano: Dios sería celoso de sus prerrogativas e impondría por ello limitaciones al hombre (cf. *Gen 3, 5*). Satanás invita al hombre a liberarse de la imposición de este juego, haciéndose "como Dios".

6. En esta condición de mentira existencial satanás se convierte —según San Juan— también en homicida, es decir, *destructor de la vida sobrenatural* que Dios había injertado desde el comienzo en él y en las criaturas hechas a "imagen de Dios": los otros espíritus puros y los hombres; *satanás quiere destruir la vida según la verdad*, la vida en la plenitud del bien, *la vida sobrenatural de gracia y de amor*. El autor del libro de la Sabiduría escribe: "...por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen" (*Sab 2, 24*). En el Evangelio Jesucristo amonesta: "...temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehena" (*Mt 10, 28*).

7. Como efecto del pecado de los progenitores, este ángel caído ha conquistado *en cierta medida el dominio sobre el hombre*. Esta es la doctrina constantemente confesada y anunciada por la Iglesia, y que el *Concilio de Trento* ha confirmado en el tratado sobre el pecado original (cf. *DS 1511*): Dicha doctrina encuentra dramática expresión en la liturgia del bautismo, cuando se pide al catecúmeno que renuncie al demonio y a sus seducciones.

Sobre este influjo en el hombre y en las disposiciones de su espíritu (y del cuerpo) encontramos varias indicaciones en la Sagrada Escritura, en la cual satanás es llamado "el príncipe de este mundo" (cf. *Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11*) e incluso "el Dios de este siglo" (*2 Cor 4, 4*). Encontramos *muchos otros nombres* que describen sus nefastas relaciones con el hombre: "Belcebú" o "Belial", "espíritu inmundo", "tentador", "maligno" y finalmente "anticristo" (*1 Jn 4, 3*). Se le compara a un "león" (*1 Pe 5, 8*), a un "dragón" (en el Apocalipsis) y a una "serpiente" (*Gen 3*). Muy frecuentemente para nombrarlo se ha usado el nombre de "diablo" del griego "*diaballein*" (del cual "*diabolos*"), que quiere decir: causar la destrucción, dividir, calumniar, engañar. Y a decir verdad, todo esto sucede desde el comienzo por obra del espíritu maligno que es presentado en la Sagrada Escritura como *una persona*, aunque se afirma que *no está solo*: "somos muchos", gritaban los diablos a Jesús en la región de las gerasenos (*Mc 5, 9*); "el diablo y sus ángeles", dice Jesús en la descripción del juicio futuro (cf. *Mt 25, 41*).

8. Según la Sagrada Escritura, y especialmente el Nuevo Testamento, el dominio y el influjo de Satanás y de los demás espíritus malignos se extiende al *mundo entero*. Pensemos en la parábola de Cristo sobre el campo (que es el mundo), sobre la buena semilla y sobre la mala semilla que el diablo siembra en medio del grano tratando de arrancar de los corazones el bien que ha sido "sembrado" en ellos (cf. *Mt 13, 38-39*). Pensemos en las numerosas exhortaciones a la vigilancia (cf. *Mt 26, 41; 1 Pe 5, 8*), a la oración y al ayuno (cf. *Mt 17, 21*). Pensemos en esta fuerte afirmación del Señor: "Esta especie (de demonios) no puede ser expulsada por ningún medio sino es por la oración" (*Mc 9, 29*). La acción de Satanás consiste ante todo en *tentar a los hombres para el mal*, influyendo sobre su imaginación y sobre las facultades superiores para poder situarlos en dirección contraria a la ley de Dios. Satanás *pone a prueba incluso a Jesús* (cf. *Lc 4, 3-13*) en la tentativa extrema de contrastar las exigencias de la economía de la salvación tal como Dios le ha preordenado.

No se excluye que en ciertos casos el espíritu maligno llegue incluso a ejercitar su influjo no sólo sobre las cosas materiales, sino también *sobre el cuerpo del hombre*, por lo que se habla de "posesiones diabólicas" (cf. *Mc* 5, 2-9). No resulta siempre fácil discernir lo que hay de preternatural en estos casos, ni la Iglesia condesciende o secunda fácilmente la tendencia a atribuir muchos hechos e intervenciones directas al demonio; pero en línea de principio no se puede negar que, en su afán de dañar y conducir al mal, Satanás pueda llegar a esta extrema manifestación de su superioridad.

9. Debemos finalmente añadir que las impresionantes palabras del Apóstol Juan: "El mundo todo está bajo el maligno" (1 *Jn* 5, 19), aluden también *a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad*, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios. El influjo del espíritu maligno puede "*ocultarse*" de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus "intereses": La habilidad de Satanás en el mundo es la de inducir a los hombres a negar su existencia en nombre del racionalismo y de cualquier otro sistema de pensamiento que busca todas las escapatorias con tal de no admitir la obra del diablo. Sin embargo, *no presupone la eliminación de la libre voluntad y de la responsabilidad del hombre* y menos aún la frustración de la acción salvífica de Cristo. Se trata más bien de un conflicto entre las fuerzas oscuras del mal y las de la redención. Resultan elocuentes a este propósito las palabras que Jesús dirigió a Pedro al comienzo de la pasión: "...Simón, Satanás os busca para ahecharos como trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe" (*Lc* 22, 31).

Comprendemos así por que Jesús en la plegaria que nos ha enseñado, el "Padrenuestro", que es la plegaria del reino de Dios, termina casi bruscamente, a diferencia de tantas otras oraciones de su tiempo, recordándonos nuestra condición de *expuestos a las insidias del Mal-Maligno*. El cristiano, dirigiéndose al Padre con el espíritu de Jesús e invocando su reino, grita con la fuerza de la fe: no nos dejes caer en la tentación, líbranos del Mal, del Maligno. Haz, oh Señor, que no cedamos ante la infidelidad a la cual nos seduce aquel que ha sido infiel desde el comienzo.

Saludos

Deseo ahora dar mi más cordial bienvenida a esta audiencia a todas las personas, familias y grupos de lengua española.

Saludo en particular a la numerosa peregrinación de la Parroquia de los Dolores, de Sevilla, devotos de Nuestra Señora del Rocío, la Blanca Paloma, como a vosotros os gusta invocarla.

Asimismo saludo al grupo apostólico "Hogar de la Madre de la Juventud", de Toledo, y a los profesores y alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Uruguay.

Vaya a todos los peregrinos y visitantes procedentes de los diversos países de América Latina y

de España mi bendición apostólica.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana